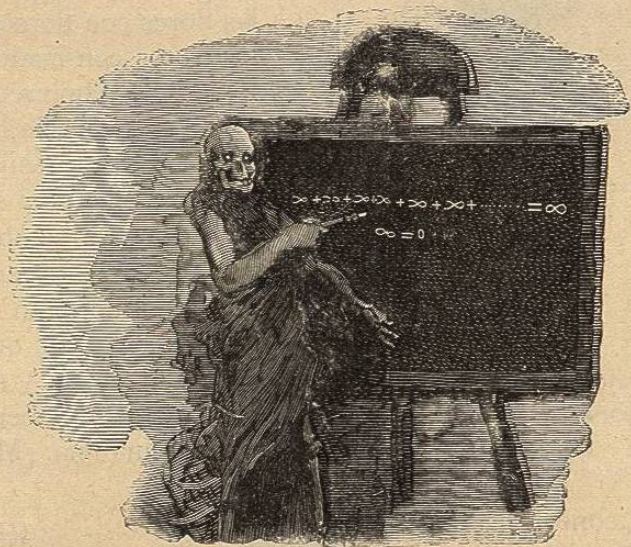


En la materia, atracción,
tendencia en el vegetal,
en lo vital, sensación,
pensamiento en lo humanal.
Más, como alma, es religión;
como espacio, inmensidad;
como cuerpo, corazón;
como tiempo, eternidad;
y entre amar y florecer,
entre pensar y sentir
á un fin aspira mejor,
cuanto fué, y es, y ha de ser,
ya fruto, ya árbol, ya flor.
¡Elixir! ¡*Más* elixir!
¡Brindis!... al *más* de Leonor.

IV

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcón,
y veremos la extensión
de esa Australia celestial,
cuyas islas de coral
las piedras miliarias son,
con que el principio sin fin
marca la imaginación
de ese insondable caudal,
de esa eterna sucesión,
que no tienen fin jamás,
tiempo y espacio, expresión
del *más*, del último *más*!...



V

¡Rhin! ¡*Más* en el tiempo qué es?
Contad un día y un mes,
luego un siglo, después mil;
siglos de siglos después
con la cabeza febril
por siglos multiplicad;
y después que acumuléis
á toda una eternidad,
si no amengua vuestro ardor
jamás, jamás y jamás,
aun acumular podéis
cien eternidades más,
del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más*! ¡Gloria á Leonor,
Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...

VI

¡Rhin, Rhin! como en la evasión
del tiempo que se nos va,
también se halla en la extensión
ese eterno *más* allá.
Sumad un mundo, dos, tres,
y cuatro, y mil, y un millón
y mil millones después,
y hallaréis, en conclusión,
de vuestras sumas al fin,
del postrer mundo al través,
siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...
¡*Más*!... ¡mucho *más*!!... ¡mucho *más*!!!...



XLIII

COSAS DEL TIEMPO

ASAN veinte años; vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:
(- ¡Santo Dios! ¿y éste es aquél? ..)
(- ¡Dios mío! ¿y ésta es aquella?..)

XLIV

ENGAÑOS DEL ENGAÑO

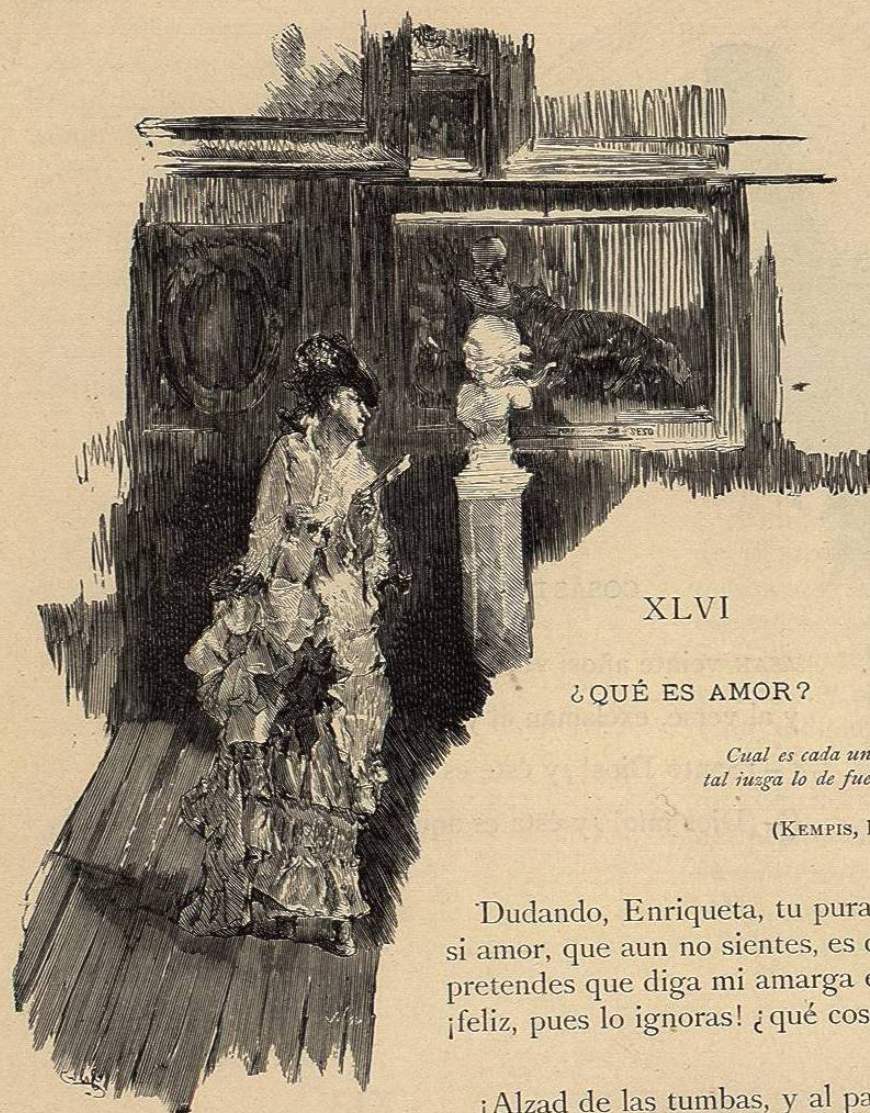
- ¡Cuánto creía en tí, cuánto creía!
- Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
- ¿No pensabas amarme eternamente?
- Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
porque á sí mismo se engañó primero.» -

XLV

TODO ESTÁ EN EL CORAZÓN

La reina que enloquecía
por Don Felipe el Hermoso,
la tumba al ver de su esposo,
- ¡Todo está allí! - se decía.
Sus restos exhumó un día,
mas nada allí vió; y así,
en vez del - todo está allí, -
desde tan triste ocasión,
señalando al corazón,
decía: - ¡Todo está aquí! -



XLVI

¿QUÉ ES AMOR?

*Cual es cada uno en lo interior,
tal juega lo de fuera.*

(KEMPIS, lib. XI, cap. IV.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡dementes sublimes! decid ¿qué es querer?

— Querer, un misterio, comienza la Estuardo,
que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada, prosigue, *no es vida;*
no ser nunca amante ni amada, es *no ser;*
querer, el *infierno*, no siendo querida;
mas, siendo querida, la *gloria* es querer. —

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
perdona á mi musa, si evoca en tropel
los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
tomando á mi acento las formas de ser:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡honor ó vergüenza! decid ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
ó sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?

Teresa la santa, más bien la divina,
— Amor — dice — junta ternura y deber.
— Amar es — replica la vil Mesalina —
hallar el descanso, cansando el placer.

— Amor pierde — dicen la Cava y Elena —
la fe y patria siempre, los goces jamás.
— Es — dice gimiendo de amor Magdalena —
gozar mucho, y luego llorar mucho más. —

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
— Morir por quien se ama, prorrumpe, es querer.
— Es cierto, — responde Lucrecia altanera: —
morir por quien se ama, si se ama el deber.

— Vivir en la mente — prosigue Artemisa —
de aquel que amó mucho, y amó porque sí.
— Vivir siempre en otro, — murmura Eloísa.
Semíramis dice: — Vivir otro en mí.

— ¡Hablar con el aire! — de amor satisfecha,
¡mal haya su boca! prorrumpe Ninón: —
Amores sin crimen, son sueños sin fecha;
pasión que no afrenta, no es digna pasión. —

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
deseo que miente, mintiéndose á sí.

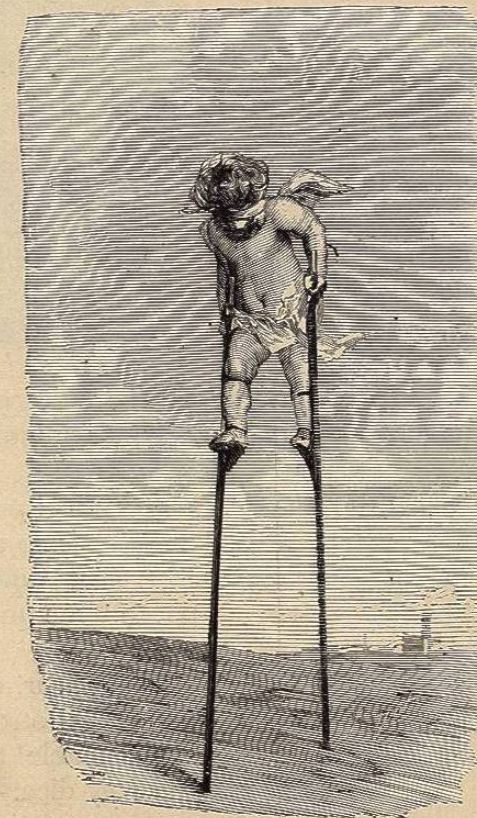
— ¡Morir! — dice Safo. Francisca, ¡el incesto!
Teresa, — aquel místico amor del amor! —
Judith y Lucrecia, — ¡gozar con lo honesto! —
Cleopatra, — ¡la orgía! — Raquel, — ¡el pudor! —

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
si amor da delicias, ó si es solamente
perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
que el mundo anegaron en llanto por vos,
que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios.

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
pues sois siempre un caos, tornad al no ser!

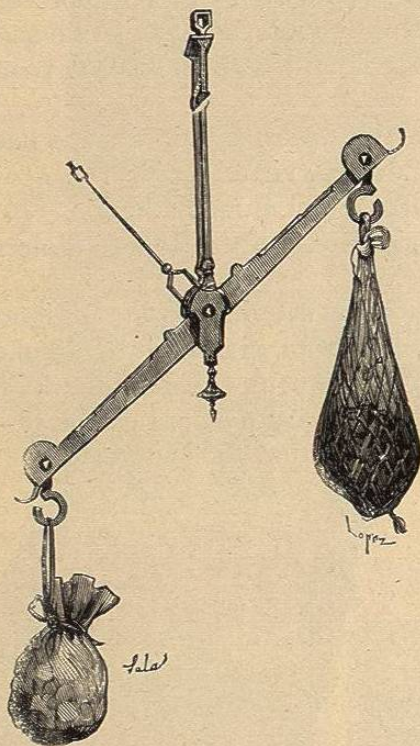
¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
— Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
responde tú misma: ¿qué cosa es amor? —



XLVII

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
— Yo soy Alejandro el rey.
— Y yo Diógenes el can.



— Vengo á hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?— Yo, nada;
que no me quites el sol.

— Mi poder... — Es asombroso,
pero á mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé, no haciéndome sombra.

— Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
— ¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?

— Mantos reales gastarás
de oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?

— Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.
— Yo bebo el agua en la mano.

— Mandaré cuanto tú mandes.
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?

— Mi poder á cuantos gimen,
va con gloria á socorrer.
— ¡La gloria! capa del crimen;
crimen sin capa ¡el poder!

— Toda la tierra iracundo
tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de tí?

— Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.

— Yo impongo á mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto blasonas?
— Llevo vencidos cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas?

— Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.
— Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.

— ¡Adiós! pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol.
— ¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol! —

Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
— ¡Miserable! dice el sabio;
y el Rey dice: — ¡Miserable!

XLVIII

ACHAQUES DE LA VEJEZ

*No confíes, ni estribes sobre la caña hueca,
porque toda carne es heno y toda su gloria caerá
como su flor.*

(KEMPIS, lib. XI, cap. VII.)

I

Si no me ataran los pies
la gota, y la que no lo es,
contigo iría hasta el fin
de ese encantado jardín.



¡Rompamos la marcha, pues!
Ea, á la una, á las dos,
á las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

II

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
de tus ojos el color;
el mismo con que Rafael
nos pinta la caridad!
A su dulce claridad,
cien vueltas á este verjel

diera de buen grado, Inés;
mas ¿qué importa ¡maldición!
que me arrastre el corazón,
si me flaquean los pies?

III

¡Bien! De nuevo tu beldad
nueva extensión da á mi ser,
y de mi primera edad
ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
si ahora á mi voluntad
igualase mi poder!
Ya dí un paso ¡Vuelve á mí,
fuego de mi corazón,
de ese éter universal
donde en deliquio inmortal
de expansión en expansión
toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Venus, también,
Inés, tu talle español
arrastra á cuantos lo ven,
subiendo de sol en sol
derechos hasta el Edén.
¿Ves? Ya me siento ascender;
demostramos la vuelta hasta el fin
de este encantado jardín;
¿á ver cómo marchó, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
es que la tierra, cual yo,
vibra también de placer!
¿Oyes? ¡Cuán bien con su amor
celebra ese ruiseñor
nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
que á los tres pasos, Inés,
del exceso del sentir
se me van algo los pies...

Y además, al percibir
cómo me hiela el sudor,
ya comienzo á presentir
que ese inocente cantor
á la entrada del Edén,
en vez de este mutuo amor,
acaso ¡fatalidad!
está cantando más bien
mi unión con la eternidad!

IV

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
siempre está donde tú estás
el oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crees
que este corazón senil
no es un árbol sin calor,
cuando con tan tierno amor
mi mano coges, Inés,
con el mismo aire gentil
con que se cogé una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
como ignoró mi ilusión,
que es inútil la beldad
cuando ya en el corazón
queda sólo la razón,
flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,

á las puertas del Edén;
y mientras maldigo así
este cuerpo baladí,
perdona el error de quien
se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!
Por eso creyendo voy
que evaporado ya soy
errante espectro de mí.

V

Mas si no alcanzo al honor
de dar dos vueltas ó tres,
no es por falta de valor,
como tú sabes, Inés;
tan solamente ¡oh dolor!
por estos malditos pies,
no puedo entrar, como ves,
en el templo del amor.

Y ya que has llegado á ver
que para poder entrar
sólo me falta tener
los pies que me han de llevar,
te prometo, hermosa Inés,
que en cuanto yo tenga pies,
en tí, por tí y para tí
iré hasta el templo que ves,
y alguna vez más allá...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
la voluntad está aquí;
mas ¿y los pies? ¡Ahí está!!...



XLIX

SUFRIR ES VIVIR

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO

Maldiciendo mi dolor,
á Dios clamé de esta suerte:
— Haced que el tiempo, Señor,
venga á arrancarme este amor
que me está dando la muerte. —

Mis súplicas escuchando,
su interminable camino
de orden de Dios acertando,
corriendo, ó más bien, volando,
como siempre el tiempo vino.

Y — voy tu mal á curar —
dijo; y cuando el bien que adoro

me fué del pecho á arrancar,
me entró un afán de llorar
que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
penas sufrí tan extrañas,
que aprendió mi corazón
que una misma cosa son
mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
gritó mi alma arrepentida:
— Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida. —

L

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me ví,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,

y tal me ví en la conciencia,
que el corazón me rasgue.

Y es que, en perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
¡se mira al espejo, y... mal!
¡se ve en el alma, y... peor!

LI

LA FE Y LA RAZÓN

Á DON NICOMEDES MARTÍN MATEOS

I

La Reina de Suecia un día,
recibiendo gravemente
lección de filosofía,
á Descartes le decía
con gravedad lo siguiente:

— Lleváis, maestro, al exceso
de mi ignorancia la fe:
PIENSO, luego SOY; no es eso:
pienso, luego sé que sé.

Ya veis que empiezo á dudar,
como vos, para creer.
Pero antes de comenzar,
decidme: ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
probaré que vuestra ciencia
puede resumirse así:
yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
no hay verdad en la experiencia,
ni dicha fuera de mí,
pues que saca la conciencia
fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
á vuestra tesis sentada:
yo soy sólo el ser; de modo
que si es mi conciencia todo,
todo lo demás es nada.